

La deriva: estar en todas partes y en ninguna



Juan David
Molina*

*Pensamientos de hierro navegan al atardecer
A la deriva en un blanco océano de dudas
Quizás este vagabundo ondula hacia el porvenir
Cómo empezó todo esto y por qué estoy aquí.*

MALCOLM LOWRY

La deriva es el estado de lo incierto, de lo que está más cerca a lo indefinible, aquello que no comprendemos. Como un cuerpo del viaje, disímil entre el tiempo y la nada, en la deriva el viajante se encuentra a merced de su circunstancia, flota sin una dirección determinada y se deja arrastrar por la certeza constante de que lo único que existe es un ahora.

En definiciones más formales, la deriva se entiende como el abatimiento o desvío de una nave de su verdadero rumbo por efecto de malas circunstancias. Pero yo no quiero quedarme con formalidades, sé que mi deriva implica un cambio y un constante vagar cuyo fin último es, quizás, la búsqueda infinita de una verdad perdida. Desde esta nave que es un cuerpo —y desde allí una materialidad finita que media entre el fluir de una mente y la realidad de un mundo—, quiero acercarme a la deriva en la que se han convertido ciertos días a través de *Stalker* (1979) y *Las tres coronas del marinero* (1983), dos relatos fílmicos en los que la deriva aparece como una circunstancia decisiva en la narración. Estoy sentado al borde de un mar

Ficha técnica

Películas

Stalker

Director: Andréi Tarkovski
1979

Las tres coronas del marinero

Director: Raoul Ruiz
1983

* Estudiante de Creación Literaria de la Universidad Central. jmolinar6@ucentral.edu.co

de sábanas blancas y un silencio se instaura entre la única luz que viene de aquello que se proyecta desde la pantalla. Un traqueteo metálico se propaga por la oscuridad del cuarto hasta que quiebra por completo la débil frontera del silencio y la imagen. Aparece un rostro en la pantalla y mi mente se ahoga en aquel mar de sábanas blancas. Perdido de mí mismo, a la deriva de la imagen, soy el sueño de aquella proyección que late entre las sombras.



↓

Stalker
Fotograma de la película

Stalker es una de las obras filmicas más reconocidas del cine soviético, dirigida por Andréi Tarkovski y expuesta por primera vez en 1979. Desde lo simple, el eje central de la historia gira en torno al viaje realizado por un profesor y un escritor que anhelan llegar a un lugar al que llaman “la zona”, por lo cual contratan a un sujeto que se hace llamar a sí mismo como un *stalker*, es decir, alguien que conoce los pasos necesarios que han de guiar a los que pretenden llegar a este lugar. La zona es un sitio en ruinas, desértico y

silencioso (en contraposición a la ciudad en la que habitan los personajes), que no posee una razón de ser, está rodeado de un velo de incertidumbre que se hace apremiante a través de las historias que escuchan los viajeros, según las cuales, quien encuentra la zona tiene la posibilidad de hacer real su deseo más profundo. No existe un camino para llegar a la zona, pues esta se transforma constantemente, fluye como los conductos de agua en los que perderse y andar a la deriva es la única forma de encontrar el camino hacia este lugar. El deseo es

lo que se busca, pero ¿se sabe lo que se desea? En la zona, el deseo es una trampa que te conduce a la deriva y te lleva a encontrarte con vos, pero ¿queremos saber quiénes somos realmente? Refiriéndose a este viaje sin fin, Tarkovski diría que “mientras uno se abre paso puede hacerse a sí mismo o puede derrumbarse”; es por ello que es fundamental creer y tener esperanza en la deriva, pues esto es lo único que permite encontrar la zona, siendo la labor del *stalker* “encontrar a gente que crea en algo en un mundo que no cree en nada”.



↓
Las tres coronas
Fotograma de la película

Con voces lejanas que se oyen en las calles desérticas de París inicia *Las tres coronas del marinero*, un largometraje dirigido por Raúl Ruiz cuya historia central es ninguna, pues el filme expone múltiples relatos que

rodean la vida de un desahuciado marinero proveniente de Valparaíso, quien tiempo atrás decidió emprender un viaje a bordo de una embarcación que lo llevaría por el mar, sin rumbo, como si del holandés errante se

tratara, condenado a vagar por los océanos del mundo sin volver nunca a puerto. En el mismo plano temporal del marinero aparece un estudiante, quien acude a él con el propósito de huir de París. ¿A dónde se dirige este? No lo sabe, solo huye. Es en este instante cuando las derivas de cada personaje se encuentran y deciden unirse para encontrar así un rumbo, si es que este existe. El estudiante le dará tres coronas al marinero y este lo llevará lejos, pues “hay lugares que solo los marineros conocen”. Por medio de la memoria, que se articula de manera laberíntica, el marinero narrará sus viajes al estudiante; estos no poseen nunca una estructura definida, van y vienen de un lugar a otro, a la deriva.

Lanzar una flecha al cielo, a la nada... a la luz es como emprender un viaje sin destino por los inexistentes (pero posibles) caminos de la deriva. En *Stalker* y *Las tres coronas del marinero*, los viajes son derivas permeadas por la fluidez del agua: todo va y todo viene, nada es estático. En ambos relatos se huye como si de un exilio se tratara, para al final terminar encontrándose allá afuera, en la lejanía. Se huye sin prisa a través del agua. Se está a la deriva pero no se está solo. En cada relato filmico los personajes, desde su solitaria individualidad, se juntan con otros y desde allí chocan como fragmentos de un gran iceberg que por su cuenta flotan en el mar. Al final, cada viaje a la deriva termina

convirtiéndose en un estado anímico, pues el viajero se siente como si estuviera en todas partes y en ninguna, y esta contradicción es la que hace de la deriva una constante indefinible.

Por su carácter indefinible, constante e incierto, la deriva es aquello que queda en el silencio que aparece luego de que las imágenes dejan de proyectarse en la pantalla y solo quedan nombres distantes que se difuminan a la vista. La mente deja de ser sueño, la vista vuelve a detenerse en lo inmediato, en lo que escapa a la luz blanca que deja toda proyección. La verdad perdida, aquello que se busca con el deseo de *Stalker* o con el huir de *Las tres coronas del marinero*, se torna más distante y más difusa al pretender entender desde lo proyectado la deriva de los días. No existen absolutos. Existe el ahora en la vida de lo proyectado.

Sigo estando al borde de una cama, en un mar de sábanas blancas. Pasarán ciertos días y seguiré estando allí. La deriva se ha instaurado, debo aferrarme a ella. Mi mente, un estrago del pensamiento ruidoso del que deriva todo silencio. Una mirada se pierde entre la luz que queda en la pantalla y se queda allí, inmersa en lo blanco. Pronto la pantalla dejará de estar encendida y mi cuerpo quedará entre las sombras. Me encontraré allí, como una circunstancia a punto de dar dos pasos más allá de su cama, camino incansante a la deriva.○